

LA CONSAGRACIÓN SACERDOTAL

«Que cada uno, con el don que ha recibido, se ponga al servicio de los demás, como buenos administradores de la gracia de Dios» (1P 4, 10)

Estas palabras de la primera carta de Pedro nos invitan y urgen a *redescubrir* el don que hemos recibido, para administrarlo al servicio de los demás, para ser «piedras vivas» en la edificación del templo santo de Dios. Y esto es verdad, tanto para cada uno de nosotros, como para la comunidad eclesial y nuestros institutos. El Espíritu Santo suscita carismas en la Iglesia, para que esta lleve adelante la misión que le ha sido confiada.

Además, el mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los misterios y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (1 Co 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia, según aquellas palabras: «A cada uno... se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad» (1 Co 12,7). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia. Los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico. Y, además, el juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno (cf. 1Tes 5,12 y 19-21). (LG 12)

En esta meditación quiero invitaros a que toméis conciencia, personalmente y como comunidad del don que Dios os ha regalado, a fin de contribuir a la vocación y misión de la Iglesia en el mundo. Cuando no se es bastante consciente del don de Dios, existe el riesgo de enterrar el talento recibido y, lo que sería más grave, avanzar al estilo de los activistas de este mundo, es decir, de los que caminan según sus ideas y planes, tratando además de imponerlos a los demás. No niego que los planes del activista puedan ser nobles y útiles, pero es preciso verificar si se corresponden con la finalidad del don de Dios: hacer posible que el pueblo santo crezca hacia su plenitud. Dios quiere recapitular todo en su Hijo (cf. Ef 1, 9-10). Y para ello es necesario trabajar en el perfeccionamiento de los santos:

Así, pues, yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados... A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo... Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud. Para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor. (Ef 4, 1-16)

«Por eso, hermanos, como recuerda la segunda carta de Pedro, poned el mayor empeño en afianzar vuestra vocación y elección; haciendo esto no caeréis. Pues así se os facilitará muchísimo la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo». (2P 1,

10-11) En efecto, todos estamos llamados a cultivar la gracia bautismal; pero cada uno en el marco del carisma personal y comunitario, que hemos recibido como Instituto, para que la Iglesia lleve a cabo su vocación y misión en la historia.

No conozco a fondo vuestro carisma, pero desarrollaré algunos puntos de los que, en mi opinión, conlleva *la consagración del sacerdocio de Cristo*, esto es, el sacerdocio de la nueva alianza. Entiendo que es una dimensión esencial de vuestro carisma de «siervas seglares de Jesucristo Sacerdote». Luego, cada una en la oración y las posibles reuniones comunitarias, precisará más y mejor esta meditación de acuerdo con la originalidad del don que Dios os ha regalado.

I.- LA CONSAGRACIÓN SACERDOTAL DE JESÚS

Nadie puede atribuirse el sacerdocio. Esta afirmación se aplica también, según la carta a los Hebreos, al mismo Cristo. Algunos quedan extrañados cuando oyen decir que Jesús no era sacerdote, sino que recibió el sacerdocio a través de un largo y empinado camino. Escuchemos la palabra atestiguada por el Espíritu Santo (cf. Hb 10, 15).

Nadie puede arrogarse este honor sino el que es llamado por Dios, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino que la recibió de aquel que le dijo: *Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy*; o, como dice en otro pasaje: *Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec*. (Hb 5, 4-6)

Jesús era de la tribu de Judá y no de la tribu sacerdotal. De ahí la importancia de meditar cómo Jesús recibió el sumo sacerdocio. No fue una conquista, pues la fe se mueve siempre en la lógica del don. En la Biblia el sacerdocio presupone siempre la iniciativa de Dios. Él es, en definitiva, quien consagra al sacerdote y lo establece en la dignidad sacerdotal.

El sacerdocio levítico estaba basado en un ceremonial impresionante de consagración, pues por su medio el sacerdote al estilo de Aarón, quedaba separado del resto del pueblo de Dios y pasaba a ser sagrado, esto es, propiedad de Dios, siendo destinado a ofrecer los sacrificios del pueblo a Dios. Ejercía así la mediación entre Dios y el pueblo. Y esto mismo, salvadas las distancias ocurría con el sacerdocio de las religiones, pero en estas era el pueblo quien designaba a los que serían sus intermediarios con la divinidad. Tanto el sacerdocio levítico, como el de las religiones naturales, comportaba una cierta separación y distancia con el pueblo. Para darse cuenta de ello, es interesante releer cómo fueron consagrados Aarón y los levitas. Me limito a citar unos textos:

Esto es lo que has de ofrecer sobre el altar: dos corderos añales cada día, perpetuamente. Ofrecerás un cordero por la mañana y otro por la tarde. Con el primer cordero harás una ofrenda de cuatro litros de flor de harina, amasada con siete litros de aceite de oliva virgen y una libación de dos litros de vino. El segundo cordero lo ofrecerás por la tarde, con una ofrenda y una libación como las de la mañana, en oblación de aroma que aplaca al Señor. Será el holocausto que perpetuamente ofrecerán ante el Señor vuestras generaciones, a la entrada de la Tienda del Encuentro, donde me reuniré contigo para hablarte. Allí me encontraré con los hijos de Israel, y el lugar quedará consagrado por mi gloria. Consagraré la Tienda del Encuentro y el altar, *consagraré a Aarón y a sus hijos como sacerdotes míos*. Moraré en medio de los hijos de Israel, y seré su Dios. Y reconocerán que yo soy el Señor, su Dios, que los sacó de la tierra de Egipto para morar en medio de ellos. Yo soy el Señor su Dios. (Ex 29, 38-46)

El Señor habló a Moisés: «Procúrate los perfumes más finos: de mirra virgen, seis kilogramos; de cinamomo, tres kilogramos; de caña aromática, tres kilogramos; de casia, seis kilogramos (según las pesas del Santuario), y de aceite de oliva, siete litros. Con ellos prepararás el óleo de la unción santa; harás una mezcla perfumada, como la prepara un perfumista, y servirá para la unción santa. Ungirás con él la Tienda del Encuentro y el Arca del Testimonio, la mesa y todos sus utensilios, el candelabro y todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto y todos sus utensilios, y la pila con su basa. Los consagrarás y serán sacrosantos. Todo cuanto los toque quedará santificado. *Ungirás también a Aarón y a sus hijos y los consagrarás, para que me sirvan como sacerdotes.* Y dirás a los hijos de Israel: "Este será el óleo de mi unción santa en todas vuestras generaciones. No se derramará sobre el cuerpo de ningún otro, ni imitaréis su receta, pues es santo y como santo lo habéis de tratar. El que imite esta mezcla y la derrame sobre un profano, será excluido de su pueblo"». (Ex 30, 22-33)

Después tomarás el óleo de la unción y ungirás la Morada y cuanto hay en ella; la consagrarás con todos sus utensilios y será sacrosanta. Ungirás asimismo el altar de los holocaustos con todos sus utensilios; consagrarás el altar y será sacrosanto. Ungirás también la pila con su peana y los consagrarás. Luego mandarás acercarse a Aarón y a sus hijos a la entrada de la Tienda del Encuentro y los harás lavarse con agua. Revestirás a Aarón con los ornamentos sagrados, lo ungirás y lo consagrarás para que ejerza mi sacerdocio. Después mandarás acercarse a sus hijos y les vestirás las túnicas. Los ungirás, como ungistes a su padre, para que ejerzan mi **sacerdocio**. Su unción les conferirá un sacerdocio perpetuo, de generación en generación». (Ex 40, 9-15)

Por los ritos y la unción, los elegidos por Dios eran separados, destinados al servicio de la morada de Dios, esto es, del templo para ofrecer sacrificios... etc. Tenían un estatuto aparte en el pueblo. Eran consagrados para ser intermediarios entre Dios y el pueblo de la alianza.

Con el sacerdocio de Cristo, el sacerdocio levítico, como cualquier otro sacerdocio, queda obsoleto, así como las prescripciones de la ley. La carta a los Hebreos lo expresa con gran claridad.

Porque cambiar el sacerdocio implica forzosamente cambiar la ley; y aquel de quien habla el texto pertenece a una tribu diferente, de la cual nadie ha oficiado en el altar. Es cosa sabida que nuestro Señor procede de Judá, una tribu de la que nunca habló Moisés tratando del sacerdocio. Y esto resulta mucho más evidente si surge otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, que no ha llegado a serlo en virtud de una legislación carnal, sino en fuerza de una vida imperecedera; pues está atestiguado: *Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec.* (Hb 7, 12-17)

Ahora bien, Jesús no fue por medio de unos ritos, como llegó a ser «mediador de una nueva alianza», sino por su sangre derramada. (Hb 9, 15; 12, 24; 1Tim 2, 5) Con ella consagró al pueblo (cf. Hb 10, 29; 13, 12). Por su obediencia y sostenido por el Espíritu eterno, dio la vida para rescatar a la humanidad del poder del pecado y de la muerte. En su sangre es el mediador de la alianza nueva y eterna (cf. Hb 9, 14). Por ello «ahora a Cristo le ha correspondido un ministerio tanto más excelente cuanto mejor es la alianza de la que es mediador: una alianza basada en promesas mejores» (Hb 8, 6). Jesús, en efecto, llegó a ser el Mediador de la nueva alianza a través de su sangre, como lo recordamos en la Eucaristía. «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros» (Lc 22, 20; Mc 14, 24) «Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados» (Mt 26, 28) «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía» (1Cor 11, 25)

Jesús, conviene insistir en ello, fue constituido sumo sacerdote por su obediencia radical al Padre y su solidaridad, no menos radical, con sus hermanos, los hombres. Jesús no es un simple intermediario, como lo fue Moisés, sino el Mediador. En él se une el cielo y la tierra, la iniciativa divina y la perfecta respuesta del hombre a la iniciativa del Dios de la alianza. Su sacerdocio ni es hereditario, a diferencia del sacerdocio levítico, ni delegado por el pueblo como ocurre en las religiones naturales. Es un sacerdocio existencial, tejido por la consagración y envío del Padre y por la respuesta filial del propio Jesús hasta derramar la sangre por amor al Padre y a los hombres, sus hermanos.

No es la separación, por tanto, lo que constituye al sacerdote de la nueva alianza, sino la unción del Espíritu que le capacita para vivir en obediencia, solidaridad¹ y comunión con la humanidad entera. Su sacerdocio no se caracteriza por ofrecer sacrificios, como los otros sacerdocios, sino en la ofrenda de sí mismo bajo el impulso y fuerza del Espíritu eterno, a fin de dar la vida al mundo. He aquí el sentido de la consagración sacerdotal. «Y por ellos yo me santifico (consagro) a mí mismo, para que también ellos sean santificados (consagrados) en la verdad» (Jn 17, 19)

Jesucristo es el único Mediador y, por lo tanto, el único Sacerdote, como es el único Pastor, el pan de la vida, la luz del mundo, la resurrección y la vida... etc. Los ministros de la nueva alianza lo son sacramentalmente. Su misión es reenviar a Cristo a quien lo representan sacramentalmente. Dicho con otras palabras, los ministros del Evangelio están destinados a ser signos e instrumentos de la presencia inmediata del Mediador, del sacerdocio celeste de Cristo. «Esto es lo principal –leemos en la carta a los Hebreos– de todo el discurso: Tenemos un sumo sacerdote que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos, y es ministro del Santuario y de la Tienda verdadera, construida por el Señor y no por un hombre... Si estuviera en la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo otros que ofrecen dones según la ley». (Hb 8, 1.4)

Cristo, como sacerdote eterno en los cielos, no cesa de interceder ante el Padre por nosotros, sus hermanos. Y lo hace habiendo conocido en su carne nuestras debilidades y pruebas. Él, puesto que nunca sucumbió al pecado, no necesita ofrecer sacrificios por sus pecados, como lo hacía los sacerdotes de la Ley. Releamos dos textos muy significativos:

Así pues, ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de

¹ La solidaridad, como escribió Juan Pablo II en la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, «no es un sentimiento de vaga compasión o de superficial enternecimiento por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse en el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsable de todos» (N 38). Y después de insistir en la virtud de la solidaridad como expresión de la caridad, el Papa añade cómo la solidaridad «debe revestirse de las dimensiones cristianas de la gratuidad total, perdón y reconciliación», para concluir: «La conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en Cristo, « hijos en el Hijo », de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá a nuestra mirada sobre el mundo un *nuevo criterio* para interpretarlo. Por encima de los vínculos humanos y naturales, tan fuertes y profundos, se percibe a la luz de la fe un nuevo *modelo de unidad* del género humano, en el cual debe inspirarse en última instancia la solidaridad. Este supremo *modelo de unidad*, reflejo de la vida íntima de Dios, Uno en tres Personas, es lo que los cristianos expresamos con la palabra « comunión ». Esta comunión, específicamente cristiana, celosamente custodiada, extendida y enriquecida con la ayuda del Señor, es *el alma* de la vocación de la Iglesia a ser « sacramento », en el sentido ya indicado.» (N 40) «La Iglesia es en Cristo es como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano.» (LG 1)

compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno. (Hb 4, 14-16)

De este modo, por un lado, se deroga una disposición anterior, por ser ineficaz e inútil, pues la ley no llevó nada a la perfección, y, por otro, se introduce una esperanza más valiosa, por la cual nos acercamos a Dios. Además, aquí no falta un juramento, pues aquellos fueron sacerdotes sin juramento; este, en cambio, por el juramento que le hicieron al decirle: *El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: Tú eres sacerdote para siempre*. Esto es señal de que Jesús es garante de una alianza más valiosa. De aquellos ha habido multitud de sacerdotes, porque la muerte les impedía permanecer; en cambio, este, como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa. De ahí que puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos. Y tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo. Él no necesita ofrecer sacrificios cada día como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. En efecto, la ley hace sumos sacerdotes a hombres llenos de debilidades. En cambio, la palabra del juramento, posterior a la ley, consagra al Hijo, perfecto para siempre. (Hb 7, 18-28)

Si la intercesión de Jesucristo ante Dios (cf. Rom 8, 34), es una característica esencial de su sacerdocio celeste, los cristianos, en cuanto partícipes de su sacerdocio, estamos llamados, por tanto, a vivir intercediendo por la humanidad. El pueblo sacerdotal no puede vivir centrado en él mismo. Debe estar atento a lo que el mundo necesita realmente, para presentarle al Señor sus necesidades y ponerse a su servicio de acuerdo con lo que el Señor disponga. Pensemos en la intercesión de María en Caná. Ella acude a Jesús para decirle: «No tienen vino»; y luego se dirige a los sirvientes para decirles: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 1-12) La intercesión es siempre posible, aun cuando falten las fuerzas.

II.- EN LA DINÁMICA DEL SACERDOCIO

A LA MANERA DE LOS APÓSTOLES

Como señaló el Papa Juan Pablo II, el tiempo de la cristiandad ha pasado, al menos entre nosotros, y esto marca, sin duda alguna, la comprensión y el ejercicio del sacerdocio. En el programa pastoral para el presente milenio, el Papa, lo expresó con sencillez y lucidez, al tiempo que nos invitaba a alimentarnos de la Palabra para ser servidores de la misma.

Alimentarnos de la Palabra para ser « servidores de la Palabra » en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio. Ha pasado ya, incluso en los Países de antigua evangelización, la situación de una «sociedad cristiana», la cual, aún con las múltiples debilidades humanas, se basaba explícitamente en los valores evangélicos. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza. He repetido muchas veces en estos años la «llamada» a la *nueva evangelización*. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: « ¡ay de mí si no predicara el Evangelio! » (1 Co 9,16). (NMI 40)

La nueva situación de la Iglesia en el mundo tiene, como acabo de señalar, repercusiones a la hora de pensar, vivir y cultivar el sacerdocio ministerial o, si se prefiere, el ministerio sacerdotal; pero conviene no perder nunca de vista lo esencial del sacerdocio a la luz de Cristo y los Apóstoles. El Concilio Vaticano señaló cómo la vida y el ministerio de los presbíteros debía ser pensado y vivido en la dinámica del ministerio apostólico.

Por participar en su grado del ministerio de los apóstoles, Dios concede a los presbíteros la gracia de ser entre las gentes ministros de Jesucristo, desempeñando el sagrado ministerio del Evangelio, para que sea grata la oblación de los pueblos, santificada por el Espíritu Santo. (PO 2)

Ahora bien, el ministerio apostólico se caracteriza, ante todo y primordialmente, por el testimonio de la palabra sellado con el don de la propia vida. Resucitado de entre los muertos, Jesús envió a los apóstoles al mundo para hacer discípulos de todos los pueblos. Los envió en Espíritu Santo para ser sus testigos: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra.» (Hch 1, 8) En la última cena Jesús dijo a los suyos: «Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio de mí, porque desde el principio estáis conmigo». (Jn 15, 26-27). En esta perspectiva, se comprende que el ministerio de la alianza sea, en definitiva, el ministerio del Espíritu Santo. Sin el Espíritu nadie puede ser en realidad testigo de Jesucristo².

² Los presbíteros, ejerciendo según su parte de autoridad el oficio de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen, en nombre del obispo, a la familia de Dios, como una fraternidad unánime, y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu. Mas para el ejercicio de este ministerio, lo mismo que para las otras funciones del presbítero, se confiere la potestad espiritual, que, ciertamente, se da para la edificación. En la edificación de la Iglesia los presbíteros deben vivir con todos con exquisita delicadeza, a ejemplo del Señor. Deben comportarse con ellos, no según el beneplácito de los hombres, sino conforme a las exigencias de la doctrina y de la vida cristiana, enseñándoles y amonestándoles como a hijos amadísimos, a tenor de las palabras del apóstol: "Insiste a tiempo y destiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longanimidad y doctrina" (2 Tim., 4, 2).

Por lo cual, atañe a los sacerdotes, en cuanto educadores en la fe, el procurar personalmente, o por medio de otros, que cada uno de los fieles sea conducido en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y diligente y a la libertad con que Cristo nos liberó. De poco servirán las ceremonias, por hermosas que sean, o las asociaciones, aunque florecientes, si no se ordenan a formar a los hombres para que consigan la madurez cristiana. En su consecución les ayudarán los presbíteros para poder averiguar qué hay que hacer o cuál sea la voluntad de Dios en los mismos acontecimientos grandes o pequeños. Enséñese también a los cristianos a no vivir sólo para sí, sino que, según las exigencias de la nueva ley de la caridad, ponga cada uno al servicio del otro el don que recibió y cumplan así todos cristianamente su deber en la comunidad humana.

Aunque se deban a todos, los presbíteros tienen encomendados a sí de una manera especial a los pobres y a los más débiles, a quienes el Señor se presenta asociado, y cuya evangelización se da como prueba de la obra mesiánica. También se atenderá con diligencia especial a los jóvenes y a los cónyuges y padres de familia. Es de desear que éstos se reúnan en grupos amistosos para ayudarse mutuamente a vivir con más facilidad y plenitud su vida cristiana, penosa en muchas ocasiones. No olviden los presbíteros que todos los religiosos, hombres y mujeres, por ser la porción selecta en la casa del Señor, merecen un cuidado especial para su progreso espiritual en bien de toda la Iglesia. Atiendan, por fin, con toda solicitud a los enfermos y agonizantes, visitándolos y confortándolos en el Señor.

Pero el deber del pastor no se limita al cuidado particular de los fieles, sino que se extiende propiamente también a la formación de la auténtica comunidad cristiana. Mas, para atender debidamente al espíritu de comunidad, debe abarcar, no sólo la Iglesia local, sino la Iglesia universal. La comunidad local no debe atender solamente a sus fieles, sino que, imbuida también

La segunda carta a los Corintios nos ofrece un texto muy significativo en esta perspectiva; pero no siempre, a mi entender, se le presta la atención que merece a la hora de vivir el ministerio sacerdotal, como tampoco se presta hoy, siempre según mi opinión, suficiente atención a la alianza. Leo y comento brevemente este texto.

Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todo el mundo. Es evidente que sois carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de corazones de carne. Pero esta confianza la tenemos ante Dios por Cristo; no es que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos nada como realización nuestra; nuestra capacidad nos viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros de una alianza nueva: no de la letra, sino del Espíritu; pues la letra mata, mientras que el Espíritu da vida. Pues si el ministerio de la muerte, grabado en letras sobre piedra, se realizó con tanta gloria que los hijos de Israel no podían fijar la vista en el rostro de Moisés, por el resplandor de su cara, pese a ser un resplandor pasajero, ¡cuánto más glorioso no será el ministerio del Espíritu! Pues si el ministerio de la condena era glorioso, ¿no será mucho más glorioso el ministerio de la justicia? (2Cor 3, 2-9)

Vivir el sacerdocio en la dinámica del ministerio apostólico supone, ante todo, reconocer esta verdad: Dios es quien escoge y capacita para ser ministros de la nueva alianza. Y la alianza sellada en la sangre de Cristo es la alianza del Espíritu. Esta verdad implica que el ministro de la nueva alianza es portador del ministerio del Espíritu. Nada, por tanto, se puede atribuir a él mismo. Debe ser y actuar como instrumento del hacer del Espíritu. Los Hechos de los Apóstoles relatan estas palabras del Resucitado a Ananías en el momento de la elección de Saulo: «Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre.» Luego Ananías le impuso las manos. Saulo fue lleno del Espíritu, se levantó y recibió el bautismo. Y a partir de ahí se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús era el Hijo de Dios. (Hch 9, 15-21)

Los ministros de la nueva alianza son ungidos con el Espíritu, para ser instrumentos del ministerio del mismo Espíritu. Esto es muy importante. La consagración es para la misión en el mundo, para llevar a cabo la finalidad de la Pascua del Señor: reunir a los hijos de Dios dispersos (cf. Jn 11, 51-52). Desarrollemos un poco esta dimensión.

por el celo misionero, debe preparar a todos los hombres el camino hacia Cristo. Siente, con todo, una obligación especial para con los catecúmenos y neófitos que hay que formar gradualmente en el conocimiento y práctica de la vida cristiana.

No se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la Sagrada Eucaristía: por ella, pues, hay que empezar toda la formación para el espíritu de comunidad. Esta celebración, para que sea sincera y cabal, debe conducir lo mismo a las obras de caridad y de mutua ayuda de unos para con otros, que a la acción misional y a las varias formas del testimonio cristiano.

Además, la comunidad eclesial ejerce por la caridad, por la oración, por el ejemplo y por las obras de penitencia una verdadera maternidad respecto a las almas que debe llevar a Cristo. Porque ella es un instrumento eficaz que indica o allana el camino hacia Cristo y su Iglesia a los que todavía no creen, que anima también a los fieles, los alimenta y fortalece para la lucha espiritual.

En la estructuración de la comunidad cristiana, los presbíteros no favorecen a ninguna ideología ni partido humano, sino que, como mensajeros del Evangelio y pastores de la Iglesia, empeñan toda su labor en conseguir el incremento espiritual del Cuerpo de Cristo. (PO 6)

Por la ordenación, el sacerdote se convierte en instrumento (en modo alguno para ser señor) del Espíritu para reunir a la comunidad y formar a Cristo en ella entre dolores de parto. Escuchemos, una vez más, al apóstol: «Por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado para Cristo Jesús» (1Cor 4, 15). Y con solicitud pastoral escribía a la confusa comunidad de los gálatas: «Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros». (Gal 4, 19) Vivir el sacerdocio en la perspectiva apostólica, por tanto, conlleva compartir el camino del sacerdocio existencial del mismo Cristo, vivirlo entre dolores de parto. Aquí radica, a mi entender, el dinamismo del sacerdocio de la nueva alianza. Para engendrar vida nueva, para dar la forma de Cristo a la comunidad eclesial, al cuerpo de Cristo en la historia, que es la Iglesia. El sacerdote debe consentir ser instrumento del Espíritu de santidad. ¡Somos la pluma de la que el Espíritu se sirve para escribir su carta! Esto tiene unas consecuencias muy importantes. Me limito a señalar tres de ellas.

El ministro de la nueva alianza, en cuanto es *«instrumento libre e inteligente del ministerio del Espíritu»* se caracteriza, en primer lugar, por hacerse siervo de quien lo amó y se entregó por él; y también de la comunidad eclesial por amor a Cristo. En la carta a los Romanos, el apóstol se presenta como esclavo de Cristo: «Pablo, siervo (esclavo) de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, escogido (puesto a parte) para el Evangelio de Dios...» (Rom 1, 1). En la segunda carta a los Corintios, afirma: «Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos (esclavos) vuestros por Jesús». (2Cor 4, 5)

Liberado de la esclavitud del pecado y de la muerte, el discípulo/apóstol vive con gozo ser propiedad de Aquel, que asumió la condición del esclavo, como lo muestra el icono del lavatorio de los pies, para que tuviéramos parte en su herencia. Y todo por amor. Por ello, Pablo escribía a la comunidad de los gálatas: «Cristo nos liberó para la libertad... Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; ahora bien, no utilizéis la libertad como estímulo para la carne; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor» (Gal 5, 1.13). La consagración sacerdotal, en la perspectiva del ministerio apostólico, por tanto, plantea de forma radical el camino a seguir si queremos realmente encontrar la alegría y realización de la que tanto se habla en nuestros días; pero se suele hacer desde la perspectiva de la sicología religiosa, dejando en la penumbra la senda estrecha de la alegría pascual. «Por eso dice el Espíritu Santo: Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis el corazón». (Hb 3, 7) Pero, ¿cómo resuena la voz del Señor en las palabras de Jesús y de la Iglesia apostólica?

Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica. (Jn 13, 14-17)

En verdad, en verdad os digo: vosotros lloraréis y os lamentaréis, mientras el mundo estará alegre; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre. También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. (Jn 16, 20-22)

Por lo tanto, queridos hermanos, ya que siempre habéis obedecido, no solo cuando yo estaba presente, sino mucho más ahora en mi ausencia, trabajad por vuestra salvación con temor y temblor, porque es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar

su designio de amor. Cualquier cosa que hagáis sea sin protestas ni discusiones, así seréis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin tacha, en medio de una generación perversa y depravada, entre la cual brilláis como lumbreras del mundo, manteniendo firme la palabra de la vida. Así, en el Día de Cristo, esa será mi gloria, porque mis trabajos no fueron inútiles ni mis fatigas tampoco. Y si mi sangre se ha de derramar, rociando el sacrificio litúrgico que es vuestra fe, yo estoy alegre y me asocio a vuestra alegría; por vuestra parte estad alegres y alegraos conmigo. (Flp 2, 12-18)

Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor, conforme al encargo que me ha sido encomendado en orden a vosotros: llevar a plenitud la palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos, a quienes Dios ha querido dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para presentarlos a todos perfectos en Cristo. Por este motivo luché denodadamente con su fuerza, que actúa poderosamente en mí. (Col 1, 24-29)

El sacerdote, en cuanto llamado y ungido para ser signo e instrumento de la inmediatez del único Mediador de la nueva alianza, del Pastor mesiánico del pueblo de la alianza, debe optar con claridad por *el camino del servicio desde el último lugar como fuente de la alegría pascual*; y debe hacerlo, iluminado y sostenido por el Espíritu de la verdad, el verdadero protagonista de la misión y el testimonio desde «la debilidad». Es la condición para vivir la sacramentalidad propia del «ministerio del Espíritu». No estamos en la sicología religiosa, sino en el camino de la fe, del amor y la esperanza.

Veamos otra dimensión significativa del sacerdocio de la nueva alianza: *la liturgia propia del ministerio apostólico*. En efecto, el oficio sagrado del apóstol consiste, ante todo, en conducir a los hombres y mujeres, pueblos y culturas, a *la obediencia de la fe*. Para ello se hace siervo de Cristo y de los suyos. Pensemos en lo que Pablo escribía a la comunidad de Roma, una comunidad pequeña e insignificante en medio de la gentilidad.

Respecto a vosotros, hermanos, yo personalmente estoy convencido de que reboáis buena voluntad y de que tenéis suficiente saber para aconsejaros unos a otros. Pese a todo, os he escrito, propasándome a veces un poco, para reavivar vuestros recuerdos. Lo he hecho en virtud de la gracia que Dios me ha otorgado: ser ministro de Cristo Jesús para con los gentiles, ejerciendo el oficio sagrado del Evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles, consagrada por el Espíritu Santo, sea agradable. Así pues, tengo de qué gloriarme en Cristo y en relación con las cosas que tocan a Dios. En efecto, no me atreveré a hablar de otra cosa que no sea lo que Cristo hace a través de mí en orden a la obediencia de los gentiles, con mis palabras y acciones, con la fuerza de signos y prodigios, con la fuerza del Espíritu de Dios. (Rom 15, 14-19)

Esta perspectiva ayuda a comprender mejor la necesidad y la dinámica de una nueva evangelización en nuestro mundo, pues ha pasado el tiempo de la cristiandad. En esta perspectiva conviene reafirmar la prioridad del ministerio de la palabra³ y también, la

³ El Pueblo de Dios se reúne, ante todo, por la palabra de Dios vivo, que con todo derecho hay que esperar de la boca de los sacerdotes. Pues como nadie puede salvarse, si antes no cree, los presbíteros, como cooperadores de los obispos, tienen como obligación principal el anunciar a todos el Evangelio de Cristo, para constituir e incrementar el Pueblo de Dios, cumpliendo el mandato del Señor: "Id por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura" (Mc., 16, 15). Porque con la palabra de salvación se suscita la fe en el corazón de los no creyentes y se robustece

importancia de que la Eucaristía sea realmente la raíz de la vida del sacerdote⁴, tal como recordó el Concilio Vaticano II.

Para explicitar una tercera consecuencia, me fijo en la primera carta de Pedro. En ella se dice a los presbíteros cómo han de pastorear el rebaño de Dios. Porque es el rebaño de Dios, y no el del presbítero, este debe hacerlo con el amor de Cristo. Para el apóstol pastorear las ovejas del Señor es su forma de amar y seguir a Jesús, quien ha dado su vida para reunir a los hijos de Dios dispersos (cf. Jn 21, 15-22; 11, 52). Así es como el apóstol se convierte en testigo del Pastor mesiánico.

Así pues, a los presbíteros entre vosotros, yo presbítero con ellos, testigo de la pasión de Cristo y partícipe de la gloria que se va a revelar, os exhorto: pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño. Y, cuando aparezca el Pastor supremo, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria. (1P 5, 1-4)

En esta misma perspectiva se mueve el discurso de Pablo a los presbíteros de Éfeso, congregados por él en Mileto. Es una exhortación a tener cuidado de ellos y a pastorear el rebaño de Dios con verdad y gratuidad, sin buscarse a sí mismos.

Desde Mileto, envió recado a Éfeso para que vinieran los presbíteros de la Iglesia. Cuando se presentaron, les dijo: «Vosotros habéis comprobado cómo he procedido con vosotros todo el tiempo que he estado aquí, desde el primer día en que puse el pie en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y en medio de las pruebas que me sobrevinieron por las maquinaciones de los judíos; cómo no he omitido por miedo nada de cuanto os pudiera aprovechar, predicando y enseñando en público y en privado, dando solemne testimonio tanto a judíos como a griegos, para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús. Y ahora, mirad, me dirijo a Jerusalén, encadenado por el Espíritu. No sé lo que me pasará allí, salvo que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, me da testimonio de que me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero a mí no me importa la vida, sino completar mi carrera y consumir el ministerio que recibí del Señor Jesús: ser testigo del Evangelio de la gracia de Dios. Y ahora, mirad: sé que ninguno de vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino, volverá a ver mi rostro. Por eso testifico en el día de hoy que

en el de los creyentes, y con la fe empieza y se desarrolla la congregación de los fieles, según la sentencia del Apóstol: "La fe viene por la predicación, y la predicación por la palabra de Cristo" (Rom., 10, 17). Los presbíteros, pues, se deben a todos, en cuanto a todos deben comunicar la verdad del Evangelio que poseen en el Señor. Por tanto, ya lleven a las gentes a glorificar a Dios, observando entre ellos una conducta ejemplar, ya anuncien a los no creyentes el misterio de Cristo, predicándoles abiertamente, ya enseñen el catecismo cristiano o expongan la doctrina de la Iglesia, ya procuren tratar los problemas actuales a la luz de Cristo, es siempre su deber enseñar, no su propia sabiduría, sino la palabra de Dios, e invitar indistintamente a todos a la conversión y a la santidad. Pero la predicación sacerdotal, muy difícil con frecuencia en las actuales circunstancias del mundo, para mover mejor a las almas de los oyentes, debe exponer la palabra de Dios, no sólo de una forma general y abstracta, sino aplicando a circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del Evangelio. (PO 4)

⁴ Pero los demás sacramentos, al igual que todos los ministerios eclesiásticos y las obras del apostolado, están unidos con la Eucaristía y hacia ella se ordenan. Pues en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan vivo que, con su Carne, por el Espíritu Santo vivificada y vivificante, da vida a los hombres que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con El. Por lo cual, *la Eucaristía aparece como la fuente y cima de toda la evangelización*; los catecúmenos, al introducirse poco a poco en la participación de la Eucaristía, y los fieles ya marcados por el sagrado Bautismo y Confirmación, por medio de la recepción de la Eucaristía se injertan plenamente en el Cuerpo de Cristo. (PO 5)

estoy limpio de la sangre de todos: pues no tuve miedo de anunciaros enteramente el plan de Dios. Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo. Yo sé que, cuando os deje, se meterán entre vosotros lobos feroces, que no tendrán piedad del rebaño. Incluso de entre vosotros mismos surgirán algunos que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos en pos de sí. Por eso, estad alerta: acordaos de que durante tres años, de día y de noche, no he cesado de aconsejar con lágrimas en los ojos a cada uno en particular. Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construeros y haceros partícipes de la herencia con todos los santificados. De ninguno he codiciado dinero, oro ni ropa. Bien sabéis que estas manos han bastado para cubrir mis necesidades y las de los que están conmigo. Siempre os he enseñado que es trabajando como se debe socorrer a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús, que dijo: "Hay más dicha en dar que en recibir"». (Hch 20, 17-35)

Pasemos ahora a la tercera parte de nuestra meditación: ¿Cómo tener cuidado de nosotros y del rebaño sobre el que nos pone el Espíritu Santo? Es evidente que no podemos más que sugerir una orientación un tanto general, pero que lejos de ser abstracta es, a mi juicio, muy concreta y comprometida

III.- AL SERVICIO DEL PERFECCIONAMIENTO DE LOS SANTOS, EN FUNCIÓN DE SU MINISTERIO

En el texto ya citado de la carta a los Efesios, se afirma cómo todos los ministerios son dados «para el perfeccionamiento de los santos, en función del ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo». He aquí una bella expresión de la finalidad del ministerio de la nueva alianza, del sacerdocio ministerial, del verdadero pastor del pueblo de Dios. El ministerio sacerdotal no puede contentarse con ser un buen funcionario religioso ni dejarse acaparar por el servicio social. Los Hechos de los Apóstoles narran cómo actuaron los apóstoles ante el crecimiento de la comunidad. Buscaron hombres llenos de fe y de Espíritu, para que atendieran el servicio de las mesas, mientras ellos se entregaban a la oración y el servicio de la palabra.

En aquellos días, al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea, porque en el servicio diario no se atendía a sus viudas. Los Doce, convocando a la asamblea de los discípulos, dijeron: «No nos parece bien descuidar la palabra de Dios para ocuparnos del servicio de las mesas. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea: nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra». La propuesta les pareció bien a todos y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo; a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Se los presentaron a los apóstoles y ellos les impusieron las manos orando. La palabra de Dios iba creciendo y en Jerusalén se multiplicaba el número de discípulos; incluso muchos sacerdotes aceptaban la fe. (Hch 6, 1-7)

La afirmación de la carta a los efesios plantea tres cuestiones de fondo a la vida y ministerio de los ministros que Dios establece al frente de su pueblo sacerdotal, profético y real. Los evoco brevemente para que oremos y sirvamos lo mejor posible el don del sacerdocio en la Iglesia y para el mundo.

1. El sacerdocio es un don de Dios...

El sacerdocio es un don de Dios a la Iglesia y al mundo. En ese sentido lo es también para la persona elegida por él para ser portador del «ministerio del Espíritu». Pero en cuanto es don para la Iglesia y el mundo, quien recibe y acepta el ministerio sacerdotal debe consentir ser dado, esto es, ser don para los demás. Por la unción del Espíritu, es unido a Cristo Cabeza, para ser y actuar en su nombre, para ser don para el mundo. La Cabeza, en la perspectiva bíblica, es principio de vida, antes que principio de autoridad. En efecto, es principio de autoridad porque es principio de vida. El llamado a participar en el sacerdocio de Cristo, Buen Pastor, se pervierte cuando no es don para los demás. Sólo celebra bien la Eucaristía si consiente en Cristo ser pan para la vida y bebida de salvación para la comunidad reunida y a reunir.

La consagración sacerdotal, por tanto, urge a vivir la dinámica del don, que supone un éxodo permanente, es necesario salir de uno para darse a los demás. He aquí la dinámica existencial para vivir en la lógica del sacerdocio de Cristo, dado por el Padre al mundo para su salvación. Por amor dio Dios a su Unigénito al mundo (cf. Jn 3, 13-17). Y en la corriente de este amor del Padre, el Hijo se nos dio como comida y bebida de salvación. Y para ser signo e instrumento de este amor recibe el sacerdote la unción del Espíritu de la verdad y alegría

2. ... Al servicio del perfeccionamiento de los santos, en función del ministerio

Ahora bien, el don de uno mismo ha de estar orientado por la finalidad fijada por el propio Señor, al unguirnos con su Espíritu. Cuando esto no se tiene bastante en cuenta, existe el riesgo de olvidar que la santificación y envío al mundo en Cristo es obra del Padre, «al servicio del perfeccionamiento de los santos, en función del ministerio». ¿Qué quiere decir el apóstol con esta afirmación?

En un primer momento, el apóstol se refiere al trabajo, que el ministro ordenado debe realizar para consolidar a cada uno de los santos, esto es, a cada uno de los fieles cristianos en la unidad y solidez de su ser creyente. La misión del sacerdote, por tanto, no consiste en hacer esto o aquello, sino en llevar a la madurez cristiana a los miembros del pueblo de Dios. Y esto, como el apóstol dice en unos versículos anteriores, reclama la unidad de la fe y el cultivo de una existencia en la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. «Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido llamados.» Pablo no dice cómo, pero señala esta dimensión: consolidar el ser cristiano, que es mucho más que una simple ética.

Y así, al consolidar el ser del cristiano de cada uno de los fieles, hace posible que toda la comunidad trabaje en el mundo al servicio de la esperanza profunda que late en el corazón de los hombres y mujeres de todos los pueblos y culturas, más allá de su comportamiento ético. Por ello el texto paulino, dice a continuación:

hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud. Para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo (vv. 13-15)

La misión de los ministros ordenados, que Dios da a su pueblo, consiste, por tanto, en perfeccionar a los santos en su vocación divina y en su testimonio de fe, esperanza y amor

en medio del mundo. No se trata de suplantar la responsabilidad de los fieles, sino de formarlos, para que vivan de acuerdo con lo que son, para que crezcan en la unidad y conocimiento de Jesucristo, para que sean maduros en la fe y el servicio en el mundo, para que se desarrollen y encuentren su verdadera alegría en el servicio, para que se perfeccionen en su humanidad. Por ello el apóstol añade a continuación:

3. «y para la edificación del cuerpo de Cristo»

La finalidad de la vocación y misión de todos y cada uno de los creyentes, en efecto, ha de orientarse en este sentido: «La edificación del cuerpo de Cristo». No es solo una exigencia de los ministros ordenados, sino de todos de los fieles creyentes. En otros escritos, Pablo insiste: «El templo de Dios es santo: y ese templo sois vosotros» (1Cor 3, 16-17). «Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro» (1Cor 12, 27) Todos somos necesarios en el cuerpo de Cristo, todos recibimos la vida, la consagración y la misión de la Cabeza.

Pues bien, la misión esencial de los ministros ordenados es contribuir a la edificación del cuerpo de Cristo, servir la unidad en la fe, a fin de posibilitar el crecimiento de todas las cosas hacia Aquel, que es la cabeza: Cristo». La carta a los Efesios afirma: el designio de Dios, derroche de amor, es recapitular todas las cosas, las del cielo y las de la tierra en Jesucristo.

En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: |recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra. (Ef 1, 7-10)

Los ministros de la nueva alianza, por tanto, son dados por Dios al pueblo santo, para que lo hagan crecer en la comunión y armonía, como el cuerpo de Cristo en el mundo, como la presencia de la Palabra hecha carne, sirviendo a todos desde el último lugar. «Para que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor.» (Ef 4, 15-16)

La misión del ministerio ordenado, en cuanto es participación en el ministerio apostólico, que es, a su vez, participación de la consagración y envío del Hijo/Siervo al mundo por el Padre en el Espíritu Santo, está urgido a trabajar para forjar cristianos maduros en la fe y servidores del designio de Dios de recapitular todo en Cristo, lo del cielo y lo de la tierra. Y esto no solo de manera individual, sino como comunidad de fe, amor y esperanza, como el cuerpo de Cristo en la tierra.

Brota así, para nuestra oración y contemplación una cuestión sencilla y comprometida: ¿Vivimos con agradecimiento y alegría el carisma del sacerdocio? ¿Cómo cultivarlo a fin que los santos avancen en el conocimiento de Cristo, el hombre perfecto, y trabajen en la formación y misión de la Iglesia en el mundo? ¿Se hallan encaminadas en esta dinámica nuestras vidas, labores y actividades? Que María, la madre inmaculada, nos ayude a vivir nuestra vocación y misión en la justa perspectiva de Jesucristo sacerdote.